

# LAS ADELAS

Selección de poesía y narrativa  
de escritoras bolivianas

© Las Adelas, 2008

© Editorial Yerba Mala Cartonera de Bolivia, 2008.

Proyecto social cultural y comunitario sin fines de lucro.

yerbamalacartonera@gmail.com

<http://yerbamalacartonera.blogspot.com>

Tel. 72262533, 79533978, 71208058.

Proyectos análogos: Eloísa Cartonera (Argentina), Sarita Cartonera (Perú), Ediciones la Cartonera (México), Animita Cartonera (Chile), Dulcinéia Catadora (Brasil)

---

Impreso en: Imprenta “Yerba Mala”, Suapi, 457. V. Fátima.

Derechos exclusivos en Bolivia

Hecho el depósito legal: 4-2-2245-08

Impreso en Bolivia

---

*Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo desinteresado de los residentes bolivianos en Boston-EEUU, Erika Bruzon y Lourdes Saavedra.*

## Índice

<i>Pre logos</i>	5
Jessica Freudenthal	6
Banesa Morales	11
Claudia Michel	17
Yancarla Quiróz	20
Mónica Velásquez	24
Vilma Tapia	26
Cecilia Romero	30
Giovanna Rivero	35
Claudia Peña	43
Erika Bruzonic	45
Virginia Ayllón	49
Lourdes Saavedra	52
Carolina León	56

## Pre logos

El nombre *Adela* evoca una especie de logia, literaria para quienes lo asocian a Zamudio, ambiguo y hasta infantil para quienes escuchan su sonido: femenino y formado de un artículo y dos conjunciones: *de la A*, *la de A* o como sea que intentemos fragmentarlo. *Adela* es, en suma, una manera informal de agrupar lo inagrupable, de clasificar lo inclasificable y arriesgarnos a pisar el peligroso terreno de una "antología". Así, este ejemplar se reconoce como *Selección*, sin más pretensiones que una variada – y siempre sesgada– delimitación de un cuerpo mayor, en este caso, cuerpo de literatura escrita por mujeres en Bolivia. Así y una vez más, *Las Adelas* hablarían desde un cuerpo fragmentado, desde un lugar que se ha perdido en el mapa, asumidas como develos de un sitio mal prohibido y realizando un gesto necesario de unión: corporal o genérico. Luego, esta selección no divide las escrituras en géneros (literarios), ni cuerpos definidos (extensión), ni mucho menos límites impuestos (temáticos o morales). Sin embargo, y pese a una supuesta anarquía en su nacimiento, este ejemplar también esconde un hilo conductor, casi irracional y que no sostiene ninguna postura política ni de *ismos* divisores. Finalmente, no se trata de logias ni guillotinas cercenadoras, lejano a eso, es más una muestra de lo diverso y hasta contradictorio que puede resultar un grupo de voces mal tomado como lugar conocido. Tal vez su profundo desconocimiento haya hecho posible este libro.

JESSICA FREUDENTHAL**Composición**

Tener  
la sartén por el mango  
observar en el metal  
el futuro  
y el pasado.

Enjuagar  
con el tiempo  
sus marcas  
las tuyas  
todas.

Mirar tu reflejo  
en el teflón:  
toda tu vida  
pasa por delante  
de dos hornillas  
donde se ha quemado  
parte de ti,  
donde has sido perdonada  
y frita  
en aceite de olvido.

El utensilio  
gira  
con ayuda de tus dedos  
que se incendian.

Y así  
te enseña  
la otra cara  
del destino.

## Equis

Este poema se deshace  
desgaja en los pliegues del silencio  
lenta  
mente  
intentando asirse al verbo  
a un adjetivo que no existe.

Este poema se rompe:  
Acaba de parir otro poema.  
se vacía de la forma  
y al fondo está el pronombre.

    Mi corazón se muere de la risa  
    cuando me ve llorar.

Este no es un poema.  
Esto no es un poema.

Es un trozo incompleto del abismo,  
un simulacro de fuga  
pura gimnasia cerebral,  
un pálido trozo de papel,  
Todos los puntos suspensivos...

Del libro *Hardware*

## Teseo, Asterión, Sísajec y el laberinto

Se me acusa de ser una especie débil,  
nacida del costado izquierdo,  
cavidad viscosa, oscura,  
hospicio temporal de vida.

No hay otra como yo  
sobre la faz de la tierra,  
en simultánea estructura  
de enigma hecho corteza y pulpa.

No hay otra como yo que se bifurque,  
que se haga Eva,  
que transmute en Lilith  
bajo la misma lengua.

A veces, en mis sueños,  
Morfeo me dice  
que soy muchas otras  
y que hay hijos míos en la Tierra.

Alguna vez he sentido,  
que Teseo pasa las noches  
rozando cien mil veces  
el etéreo laberinto.

Otras veces me ha parecido  
escuchar voces y ruidos,  
y que él le ha cortado la cabeza  
a mi corazón de Minotauro.

¿Cómo has hecho Teseo  
tan hondas galerías en mi cama?  
Has entrado por mi boca y has salido  
hilando tu soledad por mi vagina.

## La Caperucita Roja

*Aquí estoy  
De regreso a mi cueva  
Después de haber lamido tus entrañas.  
Yamilé Paz Paredes*

Consagraron mi vida  
injustamente  
a una canastilla.

Consagraron mis entrañas  
a una caperuza  
a un disfraz de niña.

Consagraron mi vida  
injustamente  
a un cuento sin final.

Jamás creceré.  
Jamás conoceré las delicias de la carne.  
Nunca regresaré con mi madre.

Me habré quedado con la idea  
de que el mundo es un lobo hambriento.

¿Porqué la vida es tan dura?  
Para dolerte mejor.

Quise vivir, pobrecita.  
Quise crecer.  
Quise creer.

Pero consagraron mi vida a las mentiras.



## **La Bella y la Bestia**

De este cuento no hay mucho que contar.  
No más que es puro cuento  
Y que yo soy bella  
Y tú un bestia.

Fin.

BANESA MORALES

Rosario  
no de rezos  
de deseos

calvario de miedos  
siete caídas en siete días  
y al final crucifixión

desagüe de hormonas  
crisálida redentora  
en el altar  
donde emana la delicia

emana

mama

resurrección y gloria

Esperanza en sueños  
azules  
cuentos de lenguas  
de lenguaje  
inventado por piel  
buscando la identidad con un dedo

Humedad

Huracanes  
de cuerpos

Besos  
como iluminadas gaviotas

Mar líquido  
Manos limpias

en el cuerpo-mundo

del otro

de la voz

de coger otra vez el amor  
de recogerse

Y reconocerse

La realidad se pone bajo siete lupas  
mirada sobre pedazos  
voluntarios involuntarios  
malos buenos

Movimiento  
memoria  
reflexión

Marco de ritmos  
agujeros negros por momentos

Extraño movimiento  
extraño de ausencia

De cuerpos muertos  
cuerpos de pie

Magníficos mausoleos

Con la tarde en los ojos  
suspendo mi falda  
y coqueteo con el viento

Audaz  
    arrojada  
    imponente

Filtra de mi piel  
tu presencia hereje

Locos  
locos vamos el viento y yo  
mientras te seguimos buscando.

Reinvento todo  
los momentos mojados  
lo húmedo  
el agua

Cada centímetro recorrido  
y ápice de piel

Cada rinconcito lamido  
cada palabra  
y tejido sueño

Vuelvo a conocer  
esos caminos  
    habitaciones  
    encuentros

Tu cuerpo  
tu majestuoso cuerpo

Te busco en cada minuto  
cada sensación

Febrero es cada vez más corto  
tus letras son pistas de esta pesquisa

Esas hojas que huelen a ti

Un atajo me recuerda algunos momentos  
    personas  
    lugares  
    sobre todo a ti

Tu olor a húmedo  
    informal

Mi voz se torna gris cuando no te ubico  
y me visto celosa  
con diente y garra

Buscar tu alma  
y el día inmortal

Me siento y de pronto tu voz quiebra el día  
la tierra seca se moja  
y tu voz a mi alma resucita  
ebria de ti mi cuerpo se empapa.

*De Memorias de una Samaritana*

## CLAUDIA MICHEL

### Los recuerdos

Ese día escuchó cómo la vecina tocaba el piano.

Comprendía, con rabia, que esos sonidos le habían marcado aunque tratara de negarlo, hasta su cuerpo respondía a ellos. En la oficina logró disimular la consternación, pero luego en la noche cuando se iba sacando la ropa antes de dormir, todas las notas volvían a sonar en su cabeza, entonces cerraba los ojos y se tocaba los párpados con la yema de los dedos, espantando sus recuerdos.

Cerca de las 4:48 despertó mirándose los dedos, todavía sollozante, logró recodar la palmeta de madera, la partitura en frente, esa mujer, sus pantalones mojados y las melodías de fondo. Aún ahora, veinte años después, le llenaba de ira su pueril reacción ante los recuerdos de aquella que vino a reemplazar a su madre.

### Shimamoto

El aparato que tiene el policía no sirve para medir la cantidad de cafeína y sueño que traigo en la sangre. Mientras me pide la licencia que no tengo, recuerdo a Murakami.

Sería bueno tener alguien a mi lado y estar segura que en cualquier momento me arrebatará el volante y lo girará con fuerza para terminar de una vez con todo.

A veces no me hace falta alguien al lado, como hoy.

En la oficina sucia, con mi polera verde con letras rosadas el policía me pregunta mi nombre.

—Shimamoto— le digo.

### Morado Intenso

Ella tenía la boca de un morado intenso, los cabellos caían perfectamente sobre sus hombros, apenas desordenados, como desparramados con elegancia. Joven y esbelta, llevaba un pantalón estrecho que marcaba la curva de sus caderas, su blusa era blanca y estaba salpicada de flores rojas. Su pose era graciosa y toda ella deslumbraba juventud, eficiencia y valentía. Pero la última le traicionó.

Era asombroso cómo la luz no se le quitaba incluso allí en el piso, con la línea morada y mortal del cuello manchándole la boca y el pecho.



## Ella

Se lo dijeron y él no pudo disimular la cara de desilusión, había esperado ansioso durante los nueve meses, impotente en las horas, moviéndose de un lado al otro del pasillo, rezando las oraciones olvidadas de la infancia. Esperó con ansiedad y fatiga, pero sucedió lo que más temía.

Muchos años después, cuando la piel de sus manos parecía de papel y pasaba los días viendo caer las hojas del árbol. No podía contener la húmeda felicidad de sus ojos al escuchar sus pasos de tacón en el pasillo.

## El escusado

Fue en las pequeñas cosas que me fui dando cuenta de su ausencia. Cosas ínfimas, tan diminutas que nombrarlas daba risa, solo en conjunto todas puestas en seguidilla podían dar alguna pista de que en verdad se estaba yendo.

Yo temía tanto ese momento, pero sabía también que nada podría darle para que se quede, amarradas estaban mis manos con todas las cosas para ofrecer.

Pero esa pequeñez de las cosas, que sin verificar su adiós lo predecían, me guardaba todavía de la verdad, usaba los argumentos de todos, les restaba importancia a cada una, justamente por pequeña.

Me distraía en el trabajo, ordené los archivos olvidados, copié todo el directorio telefónico a un nuevo cuaderno, hacía todo. Ya cuando estuve más tranquila limpié el baño, pero ese fue el error más grande, después de ajustar el botón y ver el remolino de agua y espuma perderse, supe que eso era exactamente lo que le estaba pasando conmigo.

YANCARLA QUIRÓZ

Estoy escondiendo  
la consonancia seca  
de un suspiro,  
encaprichando  
un mal olor a invierno  
aun frente al muro sin ladrillos

Un hipócrita no ríe.

Se perdió un ojo amarillo  
una tempestad no tiene viento  
y está sobrio,  
un pájaro al no ver.

## Desnudez

Desnudez  
luz interminable que  
arrincona la  
inmóvil habitación

Blancura que humedece la  
caricia terrenal

Tu rubia piel  
objeto de sombra aliento de  
sol  
Viaja en la  
pared azul

Monotonía de lámpara,  
páramo ciego  
estado de la  
superficie mental  
que guiaba la  
furia de los  
cuerpos

Parpadeo  
indistinguible de  
la forma

## Ruidos

A veces siento  
en la vereda  
el sosiego de los  
autos

Fuego de atención  
raspante  
que lleva al camino  
el asalto de las calles

Ruta prevista en los  
patios inconclusos

Bocina diaria  
que exalta  
La ciudad  
un llamado que  
vuelve en gente  
Un viaje que  
susurra eternidad.

Del libro *Imágenes*

MÓNICA VELÁSQUEZ

6.  
Con este inédito odio  
(inmerecido como todo odio, como todo amor)  
saldré por las calles donde no me amaste  
lo pondré en los sitios del cuerpo donde te extraño.

Con este impetuoso odio  
recolectaré otros naufragos dejados del mar  
quemaré cada lágrima donde la fe se derrame.  
Iré hilvanando poemas entre jóvenes muchachos  
en plazas, pupitres y algún distraído diván.

En este odio me lavaré tres veces la cara  
hasta renunciar al santo, al bueno, al perfecto  
abrasaré a los padres en lo que falta  
concluiré los funerales arrojando mi cuerpo  
al hueco inefable donde la ausencia cava.

24.  
Cuando ya el timón no sea un norte  
sino sólo un hundimiento  
Padre  
no esperes de mí sino la misma indiferencia  
cuando llorosa y perfecta rogué tu abrazo.

25.

Y tú, madre,  
allá en la asoleada culpa  
no esperes de mí sino lo que diste  
la misma permanente insatisfacción  
*la misma falta de piedad*

30.

Lejos de la violencia del gemido y la luz  
llévame al sitio donde nacen los hijos  
donde no son herida ni piedra ni condenados a muerte  
donde imperfecta la perfección alcanza nombre  
y tiene madre y abrigo  
la hija de Medea.

40.

Abre la oscuridad, mamá,  
ciérrame los ojos.

Del libro *Hija de Medea*

VILMA TAPIA

Cinco poemas

1

Una voz me llama  
no sé desde dónde.

Es una voz que gobierna  
el viento que me danza.  
Es mi música al oído.

Vamos:  
caminando, caminante.

A su ritmo voy oliendo  
las profundas sustancias  
de la tierra.

Tras su origen he tocado  
máscaras  
y también transparencias.  
Me he desnudado en zonas peligrosas  
y estoy ilesa. Sin daño.

Otra es esta crucifixión.

Desde antiguas certezas  
una voz (que venero)  
grita mi nombre.



2

El tren en el que viajo se despeñará.

Caerá al fondo del barranco  
muy abajo  
y yo me quedaré para siempre  
perdida en la selva.

Seré como el animal  
que amanece bello y húmedo  
tendré ojos aún en la oscuridad.

Tendré silencio.

3

Algo más que un lirio  
voy a dibujar para ti:  
abultadas almohadas  
encajes  
sábanas y bordados  
y en las sábanas  
todo  
para devolverte la cuna

4

Vuelvo de la noche  
de la calle  
del espanto  
mi niño duerme

5

Vienen

Con sus anchas polleras  
se abren paso  
entre las flores amarillas  
de los cardosantos del valle

Le sonríen al sol

Tienen los pechos desnudos  
y pegadas a ellos  
las bocas de los hijos  
que entre sus trenzas  
se mecen

y las multiplican

CECILIA ROMERO**O**

Estas palabras  
son como las luciérnagas que vi una vez,  
se encienden  
y titilan,  
me dejan ver lo que esconde la noche,  
son el ovillo,  
la raíz luminosa de las nubes negras,  
bailan en las murallas verdes;  
en la grieta de las paredes:  
en el centro de la red de araña.

Se apagan.

Suicidas,  
están al borde la cornisa,  
mirando abajo  
a la gente que espera que caigan.

Tantas palabras  
que fosforecen en la hierba tendidas,  
como esperando que una hoz las corte  
y así permanecer desangrándose en silencio.

Ahogadas en vino,  
en vela blanca,  
en el trueno que ilumina la ventana.

Piel de mendigo  
estiro la mano para ver si estas palabras  
pueden levantarse las faldas  
y recibir el polvo  
el polvo de mi sangre  
y así cabalgar en este silente desierto  
donde las cosas aún no reciben nombres.

Quisiera subir por el techo de mi mano  
y dividir el mundo en dos partes,

uno que tenga palabras como lunas menguantes  
y otro,  
otro lugar de noche  
una noche que encienda su horno de oscuridad  
y venga de esa selva de palabras  
la única,  
la palabra que me nombre.

I

Una obra de arte  
sólo para ojos profanos,  
gorda labrada a cincel.  
Mujer que en la noche camina las calles.  
Vestido de flores.  
Olor a la lavanda.  
Voz fermentada en la oscuridad.  
Sexo inflamado.  
Mirada dura como la tierra que aplanan sus tacos.

Subir y bajar la avenida cuando todos duermen,  
abierta en un colchón,  
en el polvo de la Colina de San Sebastián,  
moviendo el cuerpo,  
llaga de dolor,  
ojo rojo que se empaña de sudor.

Boca negra,  
nariz que sigue una línea blanca de coca,  
paraísos fluorescentes y cielos desnudos,  
en los que eres la niña de guardapolvo blanco  
que corre a la escuela,  
que sueña con un hombre  
una casa y un cuarto  
lejos del polvo de ésta,  
ese lugar que te lanza a la calle,  
cuando cae la primera sangre  
te abandona en la noche  
y apaga la vela.

## II

Está en mi mente,  
veo las luces de su rostro  
se apagan  
se encienden.

Recuerdo,  
me mordía el vientre  
el ángulo de los labios,  
la esquina rota de las caderas,  
donde se subía  
donde yo bailaba.

Ahora te fumo y te mantengo en la garganta,  
aspiro hasta tambalear el olor de tu humo,  
lo guardo,  
me clavo con placer la daga,  
el espacio de la ausencia.

Me inyecto  
morfina  
y cal  
para traerte de nuevo a casa  
a la terraza donde se abren mórbidas las aves de paraíso.

Ven otra vez a esta ciudad desierta,  
de focos amarillos,  
vidrios rotos  
se un fantasma que encuentra su lugar,  
su sitio bajo el sol.

Recuerdo los pliegues de su piel,  
recorro con los dedos,  
la espina,  
su espina es la que me dejó penando en todas las distancias,  
en el centro de la piel,  
el centro de la carne.

Ahora soy la que aletargada  
aspira bocanadas de aire, del doloroso aire  
como cazador nocturno  
que tira sus redes al mar en cuarto menguante.

Hoy soy los atardeceres que no he desflorado,  
ya no hay noches de mudos besos,  
de mudo encanto.  
Soy el espejo de un circo  
que todo lo deforma  
que todo se lo traga.

Del Poemario *Largarto Azul de Piedra*

GIOVANNA RIVERO**Noche**

Su primer pensamiento fue que podía ser una ardilla.

En esa época del año, al empezar la primavera, las ardillas se ponían como locas, igual que en los cuentos de Chip y Dale, y se reproducían obscenamente, en los árboles, en las veredas de la casas, bajo las ruedas de los automóviles parqueados en los grandes estacionamientos. Te descuidabas un minuto y una ardilla se metía en tu departamento. Además, eran bravas, podían sostenerte la mirada sin ningún temor porque, en el fondo, ¿qué puede esconder una ardilla? ¿Qué pasado, qué deseo, qué dolor? La puerta que daba al balcón se abría al menor soplado y no estaba segura de haber enganchado la cadenita de seguridad. Pensó en Chip y Dale y en las revistas de historietas. Pensó en su hija, Leonor, que el próximo mes cumpliría siete y prefería los dibujos en tres dimensiones.

El mundo cambiaba; se preguntó si ella era parte del cambio. También experimentó la tentación de volverse a dormir, que la ardilla hurgara entre los restos de cereales, que se llevara los pinceles, las témperas nuevas, que se llevara lo que quisiera. Pero entonces sintió los pasos. En esos casos, ¿qué se puede hacer? ¿Fingir que duermes? ¿Sentarte, mirar por un segundo la huella que tu cabeza ha dejado sobre la almohada, amar esa huella? ¿Buscar el spray de pimienta que se puso de moda cuando la astronauta intentó matar a la novia de su amante? ¿Rezar? ¿Rezar, a quién? Antes de incorporarse todavía pensó que si algo detestaba de sí misma, era su afán de melodrama. Después de que el incidente pasara, y ahora que el adormecimiento del sueño se había ido definitivamente, se sentaría a responder correos electrónicos que postergaba una y otra vez sólo para controlar la pasión que los nombres de los remitentes le provocaban.

Hacía un año que se había mudado a aquel apartamento barato para que el dinero de la beca le alcanzara, para que el monto que depositaba mensualmente destinado a la manutención de la niña se pareciera a la dignidad. Algunos artistas nacían pobres, lo decía como si fuera la primera verdad del mundo; lo decía para sentir que pertenecía a una raza en la que la pobreza daba status, ja. Todos los días dejaban notas en su puerta anunciando que pronto demolerían el edificio, que estuvieran atentos. ¿Qué?, ¿acaso existía la posibilidad de que silenciosos tanques de guerra echaran abajo los bloques con los artistas dentro? Además, tenía créditos interminables con el texano que le traía los lienzos, las pinturas y el resto del material. Había estado gastando mucho material, las cosas a veces no salían como uno quería. G, su amiga escritora, solía decir eso, que las cosas no salían siempre como uno quería, que uno se traicionaba demasiado. Pensabas en esto y luego escribías otra cosa. ¿Dónde estaba el control de todo? Estamos perdidas, decía G cuando tomaban cervezas, con los pies subidos en la baranda del balcón. G cumpliría treinta y cinco este año, pero era pequeña y eso te confundía.

En ocasiones, G venía a altas horas de la noche, decía que había tenido un sueño kafkiano, no eran cucarachas, explicaba, pero era algo que también se transformaba. Abrázame, pedía G, y ella la abrazaba. Luego tomaban cervezas. A veces fumaban marihuana mientras espantaban el olor con inciensos de coco. Una vez se habían olvidado

de tapar el detector de fuego con la almohada y luego no hubo cómo detener la sirena. El administrador del edificio dijo que podían terminar en la cárcel, que no olvidaran que eran extranjeras y que el consumo de drogas era ilegal en el estado de Arizona. G dijo que sólo habían puesto un cactus en el microondas. Ella, por su parte, sólo quería que todo el escándalo acabara pronto, regresar a su cálido anonimato.

Si se trataba de G, G pidiendo un abrazo, le daría además la cama. Ella se mudaría al sofá. Pero la certeza de que no era G, tampoco una ardilla, terminó de despertarla. Se paró, el frío del parqué la estremeció. Los pasos que hacía unos instantes parecían dirigirse a la habitación habían tomado otra dirección, quizás hacia el cuarto de pinturas, donde los cuadros incompletos, pequeñas mutilaciones, se encaramaban.

A algunos los marcaba con pinceladas furiosas para superar el deseo de regresar a ellos cuando en realidad habían nacido defectuosos, eran sólo rasgos, contornos apasionados, algo que trataba de superar. Avanzó un paso, de modo que ahora podía ver un filo del marco de la ventana del living y un brazo del sillón donde se sentaba a mirar tele, torrentes de publicidad en los que la creatividad norteamericana ponía lo mejor de sí. Dudaba de si ella sería capaz de expresar tanta simpleza de espíritu en una imagen. O tanta estupidez.

Tanta deliciosa estupidez. Mujeres felices gracias a una podadora. Un césped bien cortado. Hombres devoradores de sándwiches, sorprendidos por sus esposas en la oscuridad de la cocina. Vaya, era un país que tenía problemas con la alimentación. Si Leonor viviera con ella, si compartieran la vida, toda la vida, los minúsculos momentos del lunch, toda, toda la vida, como una madre y una hija se supone que deben compartirla, ¿correría el riesgo de convertirse en una niña obesa? Leonor tenía un apetito envidiable. Le había dejado a su hija algo importante para vivir, el apetito.

Quiso escuchar mejor, calcular lo que estaba sucediendo, pero sentía que los oídos iban a explotarle. Cuando era niña, su padre le había enseñado una estrategia para dejar de preocuparse (ella siempre había sido una persona que se preocupaba demasiado, del modo triste en que algunas personas se preocupan, suponiendo que todo irá irremediablemente mal, gozando incluso de ese anticipado destino). Su padre le había enseñado a pensar en los extremos de las cosas de una situación dada: ¿qué es lo mejor que podría sucederme? ¿Qué es lo peor que podría sucederme? Estaba claro que ese pensamiento ecuacional se ajustaba perfecto al hecho de estar parada, sintiendo dos relojes asesinos en los oídos, el bombeo furioso de la sangre. Por un momento sintió que hacía mucho ruido al respirar. O que no respiraba. Todo era sangre en los oídos. Su padre había llegado a la inexorable conclusión de que nada de lo que a los seres humanos les ocurría era realmente ignominioso, no se parecía remotamente a sus peores pesadillas. Era simplemente una tendencia a exagerar, a darle sentido a tus actos. Lo peor que podría sucederle era, claro, que el tipo la violara.

O que la matara.

Pensó en Leonor y en el olor de su pelo sudado. Ahora que podía ver toda la salita, el block en el que esa tarde había empezado a bocetar el retrato de G, en realidad no todo el rostro, sólo el ojo izquierdo, se dijo que nadie podía haber entrado. La cadenita del seguro de la puerta que daba al balcón se veía intacta. Sin embargo, no podía ver la puerta principal, a un costado de la sala, por donde se accedía en dos pasos a las escaleras, como a un tobogán, como si el mundo allá abajo te esperara con su infernal fuerza de gravedad. Cuando volvía del trabajo, caminando por las largas cuerdas de La Llorona, después de que el Sol se había metido y la temperatura era un poco más benévola, avizoraba la ventana de



su departamento y deseaba acortar los metros, estar allí, adentro, en su privado universo, entre los óleos, drogándose suave, profundamente con el olor de sus pinturas y del líquido para la mezcla. Perder el sentido, pintar a Leonor en todas sus manifestaciones, las formas en que Leonor, de no ser Leonor, debería aparecer: las hélices de un insecto, la cáscara última de una crisálida, el vapor que borraba la línea del horizonte en el vasto desierto de Arizona, como un sueño. Sí, como un sueño.

Si tuviera la oportunidad de contarle todo esto a G, a la mañana siguiente, mientras desayunaran brownies rellenos, sus adorables brownies rellenos, le diría que pudo verse a sí misma en un punto en el que sólo era posible actuar. En ciertos momentos de la vida, le aclararía, te permiten quedarte quieta, profundas corrientes de acontecimientos bajo tus pies, más allá, en canales subterráneos que jamás habías sospechado. Como la mala suerte. O el destino. O la buena suerte. Eso era la vida. G le diría que en este caso se trataba de buena suerte —¿acaso no estaba viva?—. G fantasearía con empacar todo y largarse, vender los cuadros en una estación de autobuses, así como estaban, incluso aquellos marcados congénitamente. Pero luego recapacitaría, dándose cuenta de que no habría de ser fácil deshacerse del cadáver.

Porque, seamos honestos, se dijo ella, era imposible que de todo lo que estaba a punto de suceder no resultara un cadáver. Con el viento en la cara, sin embargo, irían dejando atrás Arizona. Podrían cruzar Nuevo México e instalarse en alguna ciudad de Texas, quizás en El Paso. También allí podrían vender los cuadros, a los rancheros les gustaba comprar arte que luego obsequiaban a los gobernadores y científicos. Venderían por el precio de mil vacas, exageraba G, aquel en el que aparecía una mujer tan parecida a Isabella Rosellini, o mejor dicho, a la figura de espaldas de Isabella Rosellini, con un vestido azul de una textura tan a lo velvet, con una tristeza tan honda, que G lo llamaba "Cliché al óleo". La mujer de "Cliché al óleo" caminaba con la intención de cruzar la calle; allí mismo, en el mismo cuadro, sucedía que otra mujer, vestida con traje de oficina, se había volcado para mirar su espalda: tenía tatuadas flores azules que subían por los hombros, cubriéndolos con su misma redondez, ascendiendo un poco hacia la nuca, como una pañoleta fiel, una prenda que usarías para hacer frente a la arena, a todos los minúsculos granos de arena que los desiertos del área tenían para acariciar a los turistas. A ese cuadro también estuvo a punto de marcarlo; le parecía que la luz del farol le había quedado sobreactuado, demasiado mortecina, como si se tratara de una lámpara vieja en una vieja calle de Londres, siglo XIX, Jack el Destripador acechando en la siguiente cuadra. La detuvo —pincel en lo alto, saturado de tinta violeta, con un gesto de ira en el rostro, o quizás sólo a punto de echarse a llorar— la simpatía que experimentó por la forma en que la mujer de "Cliché al óleo" caminaba. La cadera izquierda un poco más levantada, igual que si hubiera aprendido a disimular una cojera. El vestido azul a lo velvet se plegaba hacia ese lado, formando breves profundidades donde la tela se veía más oscura, un tono más oscura. "Podríamos vender ese cuadro por millones de vacas", diría G. Y los rancheros, sentimentales, se abandonarían en largos aullidos. Todavía tenía el pulso acelerado cuando se paró en el pasillito. Era cuestión de virar tres pasos a la derecha, abrir la puerta del cuarto de pinturas y sorprender al intruso. Esa sería la mejor secuencia, avanzar, abrir, enfrentar. G decía que narrar era eso, respetar las secuencias naturales, respirar.

Respirar hondo. G tenía ojeras profundas que los desayunos con brownies rellenos de marihuana frita acentuaban lascivamente. Además, podía pasar semanas enteras sin que viera el Sol. A diferencia de ella, que debía caminar cada mañana hasta los talleres,

deshidratándose, mirando cómo a los niños de Tucson los vestían con diseños de alacranes inofensivos, G tenía el privilegio de quedarse en su departamento.

Escribía una novela sobre una máquina de segundas oportunidades, decía que la escribía, decía que cuando terminara de escribirla podría morir. Y, lo mejor de todo, es que podía prescindir de ella, pues su amante, un oficial de policía a quien ella se refería misteriosamente como el "agente H", le permitía ese desahogo nunca tan miserable del sexo.

Y el sexo hacía toda la diferencia en las graduaciones de su vulnerabilidad. Ella era la más débil. Puso el pulgar en el jalador de la puerta de su cuarto de pintura con el mismo gesto cotidiano y descuidado con que lo abría cada día, sólo que esta vez sintió que gatillaba un revólver. Nadie podría saber qué había allí adentro. Un violador.

Un asesino. Una ardilla. Un hombre perdido. Estaba a instantes de enfrentarlo. Diría: ¿qué hace usted aquí, en mi cuarto de pintura? O: por favor, no me mate. O: tengo una hija, ¿comprende? La vocecita de Leonor diciéndole por el skipe que la habían llevado a comer comida china pero ella había decidido no romper su "galleta de suerte", la había guardado en la mochila y la guardaría hasta que ella regresara para hacerla crujir juntas, para leer la tira de papel a dos voces. ¿Comprende? Si G, de algún modo, de algún extrañísimo modo que sólo era posible en la imaginación desesperada, pudiera aconsejarla en este momento, es muy probable que dijera: es una mala idea mencionar a Leonor.

No menciones a Leonor. G también tenía un hijo, un chico de doce, y sabía de lo que hablaba. La vulnerabilidad también era un lujo. Decir que uno amaba a alguien era un lujo.

El corazón le ocupaba el tórax completamente, esa era la sensación. Si abría la boca, para gritar por ejemplo, podría vomitar sangre. ¿Le habían estallado las arterias? Esa mañana había visto una noticia sobre una mujer enamorada que había sido capaz de donar su corazón al novio; protegida por la nueva Ley de la Performance que favorecía la donación de órganos sobre la clonación, la mujer había ingerido cámaras del tamaño de un guisante para filmar sus últimos latidos. Sus latidos frenéticos, los suyos, ¿quién habría de registrarlos? Recordó la estrategia de su padre. Pensó en la inutilidad de la estrategia, pensó en la inutilidad de todas las fábulas. Pretenden enseñarte, decía G, ahora bocarriba en el pisito del balcón, mirando los árboles densos, orgullosos, resistentes al desierto, pero es imposible aprender.

¿Cómo podrías? ¿Qué es posible aprender? En cinco años más dejaré de ser joven, decía G, ¿y se podría decir que he aprendido? Mucho brownie, reponía ella. Lo que las hacía ser buenas amigas, sugería G, era que ambas tenían endencia al error. Estaban allí porque se equivocaban más que otra gente, o mejor, porque se habían equivocado totalmente. Se habían equivocado de planeta. Eran alienígenas. Portadoras de promesas que jamás se cumplen. Ella respondía que, en realidad, solamente eran personas demasiado inmaduras.

Maduraremos, un día vamos a madurar, decía G. Volteaba un poco el rostro, sus profundas ojeras como un antifaz sensual, como si de pronto, sobre el rostro, se prefigurara su verdadero ser.

Estaba pensando en eso, en la tendencia al error, cuando por fin tiró del jalador y empujó suavemente la puerta.

El olor de la mezcla, de los lienzos nuevos, le llegó como un hálito. El hálito que amaba. Cerró los ojos por un par de segundos. No quiso prender la luz, pues tenía la

costumbre de respetar a los seres dormidos, no le gustaba golpear a sus cuadros con su propia intromisión. Abrió los ojos y, aún cuando las penumbras no habían cedido un milímetro, lo reconoció al primer instante, rígido, sin vocación de fantasma, parado junto a la mujer de "Cliché al óleo" como si alguien lo hubiera expulsado de esa escena. Ella no sabía si el tipo sonreía, si lo que tenía en la mano era un pincel o una navaja. "No te asustes, ¿eh?", dijo él y avanzó hacia ella. Estaba desnudo. Ella se quedó inmóvil, pensando en lo inútil que sería correr hasta la puerta del balconcito, tardar tres segundos en quitar la cadenita, dar un paso, saltar sobre la baranda con la agilidad de una ardilla, estirar las patas y meter las uñas en un tronco, trepar por una rama, hasta la copa, donde la humedad de la clorofila te hace creer que el invierno no llegará jamás. Sería inútil, pensó, al fin y al cabo, ella no era una ardilla.

*De Tukzon, Historias Colaterales*

CLAUDIA PEÑA CLAROS

## Quédate conmigo

Yo sabía el secreto de la suerte sin blanca. ‘Bazar’ le decían y colgaban la ropa usada pegada con alfileres a una tela la colgaban de la pared. Pantalones remendados blusas rojas chompas de invierno alfilerados en lo alto. Un número para cada uno. Yo sabía ese secreto. Mamá llamando a sus amigas recolectando la ropa. Una vez fueron las blusitas de una niña que había muerto. Ya eran varios años de aquello y había seguido guardada la ropa (¿qué tienen las cosas de uno?). Varios años hasta que se pudieran abrir esos cajones vaciar esos cajones entregarle a madre lo que había estado en esos cajones. Ropa de niña muerta colgada de los alfileres. Debajo de aquella tela chupetines chicles galletas (qué poco guarda uno en los recuerdos), la olla de chocolate caliente a un costado. Un peso el ticket. Yo quería el chocolate. No quería la ropa. Yo quería el chicle. No quería la ropa. A Male le sale una blusa, que devuelve pronto a la tela.

La ropa es para los zafreros. Eso no lo sabía, pero así había sido que los zafreros llegaban una vez al año y se organizaba el bazar. Madre y las esposas de los empleados permanentes. Las esposas de los vaqueros de los ordeñadores de los tractoristas de los mecánicos.

Lleno el campamento, papá con botas a caballo mirando desde arriba el brillo de los machetes el brillo de las espaldas la mano en su cintura el caballo más lindo papá en los cañaverales. Un peso el ticket, en noche de día de pago se acomodaba el bazar. Un peso el ticket compraban los zafreros pagando con su plata nueva yo no hablaba con ellos llegaban y después se iban. Esa noche el bazar lleno porque querían llevarse la ropa la ilusión de que le toque una ropa (usada la niña está muerta). Plata para la navidad de los empleados de mis padres la mía. El dinero de los numeritos del bazar (yo escribía los numeritos cientos de numeritos eran lindos mis números) para comprar regalos para los hijos (jugaba con esos niños compartíamos las mosquitas en la cara con esos niños no con los zafreros) de los empleados que no se iban nunca. Antes de navidad, una tarde bajo un árbol con esos niños con esas mujeres (Elena siempre limpia digna elena) chocolate caliente juguetes. Después, en nochebuena en mi casa en la sala con el arbolito de luces la navidad de verdad con regalos de verdad con juguetes más lindos.

Yo sabía ese secreto sabía que algo no encajaba en todo eso lindo. También sabía de la lascivia cuando alguien me tocaba yo era niña pero angustiaba el peligro del otro. Sabía de los ojos hielo de capataz a caballo sobre mí cuando me olvidaba los periódicos. Sabía que unos usteaban y otros eran ‘vos’. Los ‘vos’ siempre se sacan el sombrero rodeando el sombrero con la punta de los dedos gacha la cabeza ‘usted’ en la boca.

Pero nunca lo dije nunca me lo dijeron. No me enseñaron las palabras para decir eso que no encajaba en lo lindo de la leche recién ordeñada las manos callosas de la obediencia de un hombre grande que obedece.

Esmerándome con los numeritos sin las palabras de decir los numeritos se me fueron entrando. Penetran las cosas se entran en el cuerpo las cosas por qué nos cambian.

Escribiendo los numeritos contando en orden el orden aprendí el orden sin las palabras de preguntar de decir no. No dije no. No digas no puedes decir no.

No puse en las palabras el secreto de la suerte sin blanca fue muriendo en silencio. Lo que no se dice se muere ¿muere? El orden de las cosas en mi cabeza y dejé de sentir la

lascivia la mirada de hielo el miedo si olvidé los periódicos la navidad de verdad los zafreros invisibles.

Muerto el secreto hasta que me haces recuerdo (no nos veamos no nos veamos yotequero). Si lo que no se dice se muere entonces yo por eso voy a decir. Quedate conmigo para poder decir.

Del libro *Que mamá no nos vea*

ERIKA BRUZONIC*Westport, Connecticut*

Es una madrugada azulina, matizada de gris acerado. El cielo y el suelo se confunden y se unen a través de la raya gorda del mar. ¡Cuán oscuro está el amanecer! Cuán callado .y cuán oscuro, dueño de una oscuridad profunda y lenta.

No hay gaviotas para soñar violencia, ni para despertarla con sus voces que, de tan estridentes, suenan a angustia. Su estado mental no es del Ostional. Es de Westport, Connecticut, pero un enorme esfuerzo la trae de vuelta al gris azulino, a la ausencia de voces casi angustiadas, como de mujeres haciendo el amor.

Está ahora aquí, donde las mañanas son hondas como el agua honda y clara, y el cielo pare azul en abundancia...rebosando fluorescencia. Hasta ella se siente fluorescente. Está fuera del mundo en donde vive. Lejos. Fuera de las calles donde camina a diario y de los tejados a los que trepa para llegar a los guindales.

Lejos de las puertas de su casa y de la cama donde ha amado.

Ha cambiado. Está sola y está lejos. Lejos de los otoños soleados. De los paseos bajo los árboles de olmo y de las hojas que crujen al pisarlas. De la lechería que sirve la leche fresca con un añadido de café caliente. La estación se aleja, con él. Está sola y está en el Ostional. Se alista para ver un milagro. Se siente testigo y se maravilla. El horizonte comienza a palidecer, quitándose de encima todo el gris; tal vez ellas lo asimilan. Gordas y también medio grises, cargadas de un millón de huevos, ellas son cientos. No, son cientos de miles. Una vez más, el milagro de la flota se produce. No se sabe desde dónde llegan — si sabrá el cielo— cargadas del carapacho por arriba y de un montón de huevos por abajo. Con cada arribada, el Ostional se tiñe de *loras* listas para el desove.

Fantásticas, las loras vienen hacia la playa. Lentamente, se mecen con el agua y se dejan arrastrar, un poco nadan y otro poco se dejan llevar, flotando su enormidad en el colchón de las olas mansas de estos lados. Hay que verlas ...y creer. Siente la compañía de todas ellas, tal vez porque el mismo propósito las une.

Hay olor a tortuga en ese aire tan puro. Hay nubes que amenazan, encendidas de gris metálico. Hay aroma de vida que se aproxima. Es bueno vivir, cree ella.

Es mediados de noviembre. En Westport las calles se repantigan al calor del último sol de otoño. Aquí, en el Ostional, ella recibe un sol menos benéfico, más mordiente. Comienza a insinuarse en el lomo de las loras, mezclando el verde-gris del caparazón con un dorado intenso. Cuando el sol esté alto, ellas saldrán del agua.

Veán, se ha desnudado ante el sol durante horas, para verse hermosa cuando el momento llegue. La marca del sol cae bien sobre ella: sus hombros, su espalda, la frente y hasta su cara; aunque sus pechos permanecen de un blanco invierno; y debajo de su vientre, donde ella se siente suavemente blanca y oscura a la vez.

Incorporándose, ve venir a los del pueblo. Todos ellos corren a la playa para ver desembarcar a las loras. Escucha un ruido un tanto vago. Es como un zumbido, pero ni tanto. Las siente cerca, las loras llegan.

Parada allí, piensa que por unas pocas horas ha conseguido olvidar de dónde viene, lo que hace, lo que hizo. Y con quién. De todos modos, ni el sueño, ni la esperanza, ni el estar terapéuticamente enamorada del Ostional le permiten olvidar totalmente esas marcas de

nacimiento oscuras al interior de los muslos de él; ni su elasticidad de pitón al enroscarse en torno al cuerpo de ella. O las escapadas a Compo Beach, para juntar caracolas. Tampoco olvidaría ese último grito: “Lillian, ¡mira!” O su propia respuesta: “¡Ella! ¡Soy Ella!”

Las loras comenzaron a moverse fuera del agua y la gente a mirarlas, boquiabierta. Algunas están muy pesadas para salir solas del agua. Chapoteando, una docena de chiquillos ayudan empujándolas hacia la arena. Ahora las ayudan. Antes, los huevos de a docena en fondo alimentaban a mucha gente de por ahí; la carne se salaba y el caparazón iba a una pared, previamente lustrado con aceite de limonero. Hoy se las deja por lo menos descargar sus huevos; luego se ve.

Las loras no se apuran; andan al paso, cachazudas. No se apuran porque la vida no exige apuro, sólo vida. Hunden sus patas en la arena mojada, dibujan sus huellas y arrancan un fin desde la orilla; todo es parte de ese abundante desove. A poco, muy poco de la orilla, muchas se asientan contra la arena, lentamente. Se aplastan bien aplastadas para luego mecerse muy suavemente, derecha, izquierda, derecha, izquierda; han de dejar todos sus huevos. Fascinada, ella las mira. El aire se ha puesto dulce, por hoy no se respira sal. ¡Son tantísimas tortugas que cuajan la playa de lomos ovalados! No parecen otra cosa que una resurrección. Con la boca abierta y la cabeza oscilante, la gente las deja pasar. Estas madrazas pesadas han venido a parir y partir.

Una mujer que las viene viendo desde niña dice que antes las flotas ponían huevos por las calles, en las plazas. De día, de tarde, a medianoche. De a tres loras enganchadas una con otra y otra más; listas para poner su carga delante de las puertas, en el pueblo.

La fantasía de la vida y de las loras ha sacado su mente de Westport por un momento. No hay más, su cabeza está de vuelta, mientras su cuerpo se contagia del gris acero y se recubre de sol y playa.

Connecticut, y las palabras de él, que le nacían ...no las decía. Palabras suaves y dimensionales, con música en las vocales; palpables al ojo y a la punta de los dedos. Y esa risa exquisitamente curva, tan joven como las flores y los animales que van a concebir. A menudo se fijaba en sus labios formando palabras, su lengua rosada dándoles un empujón hacia su voz. Su voz cuando le hacía el amor; cuando le contaba anécdotas saladas, como que Josephine Baker quería “adoptar” a Toquinho, porque decía que le faltaba un brasilerito; cuando la llamaba —aunque fuera por un nombre ajeno— cuando gritaba; cuando ella ya no podía escucharlo ...ni oírlo. Su voz como el zumbido de las *loras*; ellas, que le hablaban sin hablar. Ellas, que le avisaban que también estaba lista. Que la vida era igual para todos, hombres o bestias. Todos son iguales. ¿Cómo se aparean? ¿Cómo sienten sus huevos creciendo dentro? Ella lo sabe. Y por eso las entiende. Como ellas, despacito y tocando la arena mojada con su enorme vientre nuevemestino, se acuclilla a la orilla de la playa para depositar su propio desove.

*Del libro Underground*

## VIRGINIA AYLLÓN

### Adela Zamudio y la prostituta

El 31 de mayo del 2005 murió Grisélidis Réal, prostituta suiza, escritora y archivera. La bella Grisélidis se hizo prostituta en Alemania, en los años 60` del siglo XX, cuando, divorciada tuvo que mantener sola a dos hijos. A partir de entonces, inició un gran movimiento por los derechos de la dignificación de las prostitutas. *El Negro es un color*, *Libreta de baile de una cortesana*, y *El Paso imaginario* son los títulos de los libros de poesía y epístolas que escribió. El último de ellos inspiró dos espectáculos teatrales.

En Ginebra fundó el “Centro Internacional de Documentación sobre la Prostitución” así como Aspasia, asociación de ayuda a las prostitutas.

Cumpliendo su última voluntad, el día de su entierro no hubo cura, pero en cambio acaeció una majestuosa fiesta gitana en la que escritores, artistas, sus hijos, sus hermanas prostitutas y varios de sus amantes cantaron y bailaron en homenaje a la gran Grisélidis. Muchos músicos hicieron lo suyo y, entre ellos, un quenista interpretó un solo del yaraví *El cisne*, poesía de Adela Zamudio musicalizada por Edgar Jofré.

Dicen que Grisélidis gustaba de esta canción y que posiblemente la oyó en versión de “Los Jairas”. Dicen que por esa canción Grisélidis conoció y admiró a Adela Zamudio.

¡Y es seguro que Adela también habría admirado y amado a Grisélidis!

### Una mesa bien puesta

Los quehaceres de la biblioteca son muy culinarios; el éxito de la labor está sujeto a la maestría de la guisadora. Si importa la cantidad y calidad del menaje, la historia de esta cocina está llena de anécdotas —todas muy deliciosas — que informan de las que han logrado preparar exquisiteces con pocos instrumentos, en contra de las que proveídas de intrincados elementos no han podido alcanzar aquella sazón.

Es un oficio que se confirma en el comensal, por lo que no se desdeña tiempo ni creatividad en servirle de acuerdo a sus necesidades. Eso se llama especialización y las bibliotecarias saben mucho al respecto. Pero *chefs* de la información saben que el buen plato no está hecho solamente de buenos y frescos ingredientes, que también importa el cómo se lo sirve. De ahí que la mesa bibliotecaria suele ser muy bien puesta: antes se ha planchado el mantel, se ha acomodado el servicio de tal manera que, más que asustar, seduzca al invitado. No se ha olvidado, por supuesto, la modesta pero siempre delicada servilleta, ni el arreglo floral hecho con unas cuantas flores del jardín más cercano. Y, a medida que el comensal re-visita el siempre nuevo rito de la satisfacción, ella va adosando este placer con todos los aromas y sabores que imagina le hacen falta al huésped: vino, si la



copa se ha vaciado, sal, si el gusto así lo exige y todo con una sonrisa muy maternal. Es que esta cocinera está convencida que todos los lectores son hijos suyos y que su misión en la tierra es proveerles de lo que ella sabe hacer: dar con cariño. Eso se llama brindar servicios eficaces y eficientes. Se han dado casos de bibliotecarias que, en busca de hijos descarriados, los llaman y los persiguen con actualizada o mejor información. Este hijo debe volver al templo maternal.

Las hay también gruñonas cuya salsa picante arde y, como todo buen comensal lo haría, simplemente se la abandona: muchos libros tendrá y muy ordenados estarán, pero a esa mesa uno no se arrima.

### Colecciones hemerográficas

Armar colecciones hemerográficas es uno de los grandes problemas para los bibliotecarios. Hace algunos años visité la Feria 16 de Julio de la ciudad de El Alto. Me acerqué a unos puestos que parecían ofrecer diarios viejos en venta, todos muy bien ordenados y pensé en la excesiva finura y delicadeza de ese orden si luego habrían de ser vendidos como papel viejo. En estas estaba cuando un niño le solicitó a la vendedora una biografía de Simón Bolívar. Muy solícita y poniendo a un lado la wawa que había estado amamantando, echando atrás la manta y dejando a buen recaudo un humeante plato de sopa en el que se deleitaba antes, ésta le preguntó su edad y el grado escolar y —acto seguido— se puso a buscar en una fila de suplementos escolares de la prensa. Tomó uno de ellos y le entregó al niño quien se puso a leer y copiar partes de la biografía del libertario caraqueño.

Concluido que fue el deber escolar, el suplemento volvió a su lugar, ubicado exactamente en la fila y la fecha correspondiente. Mientras el niño cancelaba los 0.20 centavos por el servicio recibido —y paralelamente torcía la vista hacia un puesto de venta de helados—, se acercó un joven con pinta de universitario y solicitó información en un extraño lenguaje, que vino a ser el nombre de un paquete de computación. Con la misma solicitud, la señora volvió a preguntar el grado y la carrera universitaria que seguía el estudiante para luego repetir la efectiva búsqueda de información. La consulta valió lo mismo. Estaba yo mirando la escena con una envidia muy bibliotecaria cuando se acercó un señor que pidió el diario del día, mismo que le fue entregado y, a la conclusión de su lectura, canceló la suma de 0.50 centavos de bolivianos. ¿La razón del precio diferenciado? Sencillo, la información actualizada cuesta más y eso, ¡cualquier buen bibliotecario lo sabe!

Del libro *Liberalia*

LOURDES SAAVEDRA

**Réquiem por octubre**

*El emperador quiere huir de sus crímenes  
pero la sangre no lo deja solo.  
José Emilio Pacheco*

El infierno arde  
la ciudad agoniza  
en los balcones del miedo  
cuelgan  
gritos  
de  
misericordia  
mordiéndolo balas de odio.

El cielo se cierra  
El limbo se abre.

La vida cae  
como plomo ardiente  
sobre la espalda hueca  
de los verdugos.

El viento  
no arrastra los cuerpos,  
gritos inertes en el asfalto  
claman memoria.

Una bala entierra  
el orificio de la esperanza  
perpetuando el borde del dolor  
encadenando cuerpos  
en el pozo sediento del olvido.

la sangre  
recorre la carretera...

**Suerte**  
**(sin blanca)**

Senderos sin líneas  
quemando la palma  
de mis manos

mi lengua anfibia  
se bifurca al soplar  
tu nombre

el pudor  
es una flor seca  
que se abre a lo incierto

un espejo es una puerta  
cerrada al simulacro  
de mi sombra  
cómo hablar del amor  
si solo creo en la imperfección

cómo podré destilar  
tus besos en la lápida  
de mi vientre.

## Piedras

Núcleos del silencio  
monumentos del polvo  
raíces insondables del tiempo  
ecos sordos.

Piedras  
cómplices del caminar  
de las serpientes y  
del errar del transeúnte  
punto de inicio  
y retorno  
perpetuo a la tierra.

## El lado B de la vida

1. Camina en la noche escuchando música a todo volumen, las aceras, los parques, la multitud no te pueden tocar (vives dentro de la cueva de tus oídos)
2. Siéntate siempre atrás, contempla las nuca del auditorio, a veces cuando alguien te mira de frente oculta su verdadero yo.
3. Escucha a Leonard Cohen, Tom Waits, Jhonny Cash, ellos no te ofrecen respuestas para tu vida sino preguntas que quemaran tu existencia.
4. Abraza a un árbol, nomás porque sí. Recuerda, el verde no es un color, es más que eso.
5. Visita el cementerio de vez en cuando, en el silencio tal vez escuches la voz de la nada y beses algunos epitafios de amigos muertos... sigue el camino no amarillo. Piérdete.
6. No consumas tus días frente a la pantalla de tv, de la compu, del cine, usa tus ojos como scanners... digitaliza el cielo, lame la lluvia, muerde con pasión el cuello alguien. No te confundas, la imagen no es todo.
7. Confía en Patti Smith, se dulce y dura como Stevie Nicks, intensa y desgarradora como Janis Joplin...al final su música es enigma, esencia y poción mas allá de cuerpos fabricados en las factorías del sudor.
8. Diseca recuerdos, cuelga tus penas, busca las palabras bajo tu almohada, escupe metáforas y salta!
9. Besa a alguien con muchas ganas, con los ojos abiertos acariciando sombras con el fuego de tus dedos.
10. También está permitido llorar.

CAROLINA LEÓN

## Fantasías eróticas femeninas

A la pregunta sobre las fantasías eróticas las mujeres solemos guardar silencio o como máximo dibujamos una sonrisa cómplice, muchas veces por pudor, pero también por el hecho de que no se pueden resumir como en el caso de las de los hombres: Pamela Anderson o Angelina Jolie.

Las fantasías femeninas tienen un proceso de preparación largo pero gratificante para las soñadoras. Inicia el momento en que esbozamos dos o tres rasgos de nuestro futuro compañero de orgasmos. Le damos las características generales que debe tener el hombre que nos lleve al cielo, por ejemplo, debe ser inteligente, de buen corazón y con sentido del humor. El siguiente paso es determinar su profesión o área laboral, aquí se nos puede tildar de materialistas, pero el razonamiento es muy simple, no se pueden tener las mismas fantasías con el médico de turno que sabe dónde se encuentran cada una de las partes que con el fontanero de emergencia cuya participación estaría más relacionada a la fuerza bruta que a otro tipo de cuestiones.

La búsqueda de la fantasía erótica femenina ha empezado con algo simple, una idea básica del hombre que buscamos. Hasta aquí, han pasado dos o tres días, porque puede que la lista de sentimientos nobles sea más corta pero especializada o más larga y pormenorizada de acuerdo a la soñante.

A continuación se crean los detalles, dos o tres anécdotas familiares, la relación con su madre, el tipo de amistades que cultiva, sus actividades de tiempo libre, su participación en médicos sin fronteras o los fines de semana que pasa como voluntario en el área de niños quemados... Una etapa trampa que puede durar entre dos semanas y un mes para algunas, mientras que otras mujeres se quedarán soñando con las largas cartas que recibirán desde el extranjero y olvidarán por completo que se trataba de una fantasía erótica. Importante recalcar que estas mujeres no son menos felices que las que sí llegan a desarrollar por completo sus fantasías.

Quedan algunos detalles, como el lugar y la forma del encuentro: En la sala de espera del teatro principal, donde ataviada de tus mejores galas esperas a la cita que no llega y él, “galante y elegante”, te entrega una rosa y ofrece su compañía para que disfrutes del Carmen y llores a mares en su refinado hombro. Debo aclarar que no pretendo encasillar a las fantasías femeninas en el teatro o los hombres de traje y corbata, tan sólo pretendo ejemplificar el nivel de detalle que se necesita para alcanzar el cielo.

Algunas mujeres preferirán antes de definir el lugar del encuentro, otorgarle una cara y cuerpo al personaje masculino, para que no exista la posibilidad de confundirlo en medio del espectáculo. Entre estas caras, se pueden nombrar a los más famosos, que es el recurso simple, “el modelo de Hugo Boss” pulcrito, afeitado, con pinta de metro sexual. Pero también participan hombres más reales, como el vecino de enfrente, el catedrático de psicología y un largo y variado etcétera.

A partir de aquí, la fantasía fluye sobre ruedas, las situaciones no resultan forzadas y se encuentran al nivel de las expectativas, el proceso en sí ha sido gratificante. Además nos besa como nos gusta, descubre nuevos horizontes de placer con sus caricias y sus movimientos nos hacen sentir que nos conoce mejor que nosotras mismas. Los sentimientos

son profundos y eternos... aunque él tenga que partir a la mañana siguiente pues la guerrilla de algún país extranjero solicita su participación en la lucha contra el sistema capitalista.

*Yerba Mala*  
**CARTONERA**

Ediciones Yerba Mala Cartonera

Para no desesperar en las trancaderas, para dejar pasar las propagandas de la TV, para aguantar las marchas, para caminar subidas sin darse cuenta, para bailar al ritmo de la cumbia del minibús o para cuando tengas simplemente ganas de leer. Un libro cartonero, casero, tu mejor cómplice.

Otros títulos:

Crispín Portugal, *Alma, la vengadora*  
Gabriel Pantoja, *Plenilunio*  
Vadik Barrón, *iPoem*  
Bruno Morales, *Bolivia Construcciones*  
Carolina León, *Las mujeres invisibles*  
Yancarla Quiroz, *Imágenes*  
Christian Jiménez, *El mareo*  
Claudia Michel, *Juego de ensarte*  
Juan Pablo Piñeiro, *El bolero triunfal de Sara*  
Jessica Freudenthal, *Poemas ocultos*  
Beto Cáceres, *Línea 257*  
Darío Manuel Luna, *Khari-khari*  
Gabriel Llanos, *De muertos y muy vivos*  
Santiago Roncagliolo, *El arte nazi*  
Fernando Iwasaki, *Mi poncho es un kimono flamenco*  
Nicolás Recoaro, *27.182.414*  
Marco Montellano, *Narciso tiene tos*  
Vicky Aillón, *Liberalia*  
Banesa Morales, *Memorias de una samaritana*  
Washington Cucurto, *Mi ticki cumbiantera*  
Crispín Portugal, *¡Cago pues!*  
Nelson Vanm Jaliri, *Los poemas de mi hermanito*  
Gabriel Llanos, *Sobre muertos y muy vivos*  
Gabriel Pantoja, *Plenilunio*  
Premio de cuento breve Óscar Cerruto, UMSA